CATEQUESIS SOBRE LA *Caridad*

CURSO 2019-2020

Diócesis de Segorbe-Castellón

CATEQUESIS SOBRE LA CARIDAD

Índice

Introducción 07

Desarrollo de las sesiones 09

Rezamos juntos 10

TEMA 1.
Amor a Dios y al prójimo 17

TEMA 2.
La caridad como tarea de la Iglesia 23

TEMA 3.
Promover una actitud de continua renovación y conversión 27

TEMA 4.
Los rostros de los nuevos pobres y pobrezas 31

TEMA 5.
Nuestra pobreza moral y espiritual 35

TEMA 6.
Cultivar una sólida espiritualidad que dé consistencia y sentido a nuestro compromiso social 37

TEMA 7.
El perfil específico de la actividad caritativa de la Iglesia 39

TEMA 8.
Una evangelización transformadora y una acción social evangelizadora 43

Siglas 50

ECCLESIA SEGOBRICENSIS-CASTELL

Introducción

En la presentación de la programación pastoral, D. Casimiro nos recuerda que "su objetivo general es trabajar unidos *por una parroquia evangelizada y evangelizadora.* Es el camino que el Señor nos ha señalado. Él mismo nos llama y nos impulsa por la fuerza del Espíritu Santo a trabajar sin descanso para hacer de nuestras parroquias verdaderas comunidades evangelizadoras y evangelizadas, comunidades vivas desde el Señor y misioneras hacia dentro y hacia afuera".

Y concreta nuestro Obispo para el plan pastoral del presente curso 2019-2020: "La Caridad es el cuarto objetivo de nuestro Plan de pastoral que nos llama a *"vivir el mandamiento del amor y el compromiso por la justicia a los más necesitados y testimonio de fe"*. Por su amplitud y para no dispersarnos, en este curso nos vamos a fijar en la caridad; el próximo lo dedicaremos al compromiso por la justicia".

La conversión a la Caridad y al amor fraterno, nos lleva a abrirnos al amor de Dios, que nos primerea y es el centro y la fuente de la vida cristiana, y nos descubre el amor al prójimo desde la escuela del lavatorio de los pies del Cenáculo. Esto es una exigencia de autenticidad evangélica y credibilidad de la Iglesia, que se manifiesta en la vivencia real y concreta de la caridad y de la comunión entre los sacerdotes, religiosos y laicos, entre grupos, asociaciones y parroquias, entre los miembros de la comunidad parroquial y de la diócesis.

Conversión, espiritualidad, compromiso y evangelización, serán las cuatro pautas o líneas de actuación que nos llevarán a definir y señalar acciones concretas a realizar a nivel personal, comunitario, parroquial y diocesano. Pero de una forma muy concreta, conforme nos enseña el Papa Francisco: "Jesús toca la miseria humana, invitándonos a estar con El y a tocar la carne sufriente de los demás "(homilía en la fiesta de San Pedro y San Pablo, 29 de junio de 2018).

La comunidad cristiana vive del amor, especialmente manifestado en los más pobres. "La Iglesia es caridad. Lo ha sido, lo es y será siempre, si quiere ser la Iglesia de Cristo que dio su vida por todos" (Iglesia, servidora de los pobres 33, Instrucción pastoral CEE). *"La Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede omitir los Sacramentos y la Palabra"* (DCE 22).

La presentación de estas catequesis preparadas por la Vicaría de Pastoral quiere ser un servicio para ayudar a la reflexión personal o en grupo, sobre una selección de los documentos *"Deus caritas est"* (encíclica de Benedicto XVI) y de *"Iglesia, servidora de los pobres"* (Instrucción pastoral de la CEE). Dicha selección quiere iluminar el objetivo específico y las subdivisiones del mismo a fin de asimilar y profundizar en las mismas:

·La virtud de la caridad, como don y tarea: nos apremia el amor de Dios.

·¿Quiénes son los pobres y las pobrezas? Conversión a los pobres y eclesialidad de la acción caritativa.

·La comunidad cristiana vive del amor, especialmente en los más pobres.

Junto a la selección de los textos mencionados, adjunto un texto bíblico y patrístico que refrendan el texto magisterial. Asimismo, unas preguntas invitan al diálogo, al compartir y al compromiso cristiano, tanto a nivel personal como eclesial. Una oración, que tenéis a continuación de esta presentación, precede siempre cada sesión.

Deseo que estas catequesis puedan ayudar a abrirnos al amor del Señor y al amor del prójimo, con la ayuda maternal de la Virgen, Nuestra Señora de la Cueva Santa, que nos haga dóciles al Espíritu Santo y muy atentos a las necesidades de los hermanos.

Miguel Abril
Vicario de Pastoral

Desarrollo de las sesiones

Como algo orientativo, cada sesión puede seguir la siguiente dinámica:

1. *Preparación y animación:* Es conveniente traer leído el texto desde casa para que resuene de nuevo en la reunión. Un miembro del grupo estará encargado de animar la sesión y preocuparse por su desarrollo.

2. *Recitamos juntos la oración:* Reunido el grupo, recitamos juntos la oración de inicio, procurando poner el corazón en los labios.

3. *Escuchamos la Palabra de Dios:* En un clima de silencio, una persona lee el texto de la Biblia que se señala en cada tema. Conviene que quien lo haga la haya preparado antes y lea con calma, para que la Palabra de Dios vaya penetrando como lluvia fina en el corazón de cada uno. Después se deja un momento de silencio para acoger la Palabra de Dios. Los que lo deseen pueden repetir en voz alta la frase del texto con la que más se identifican. Es como el eco que la Palabra de Dios despierta en nosotros.

4. *Compartimos el tema:* Despacio, participando todos si es posible, leemos los puntos propuestos en el tema. Se puede dejar un tiempo para aclaraciones después de cada punto, aunque la participación es mejor concentrarla en el cuestionario final, pues cada punto puede aclarar conceptos del anterior.

5. *Cuestionario:* Quizá la nota más característica de la vida de los primeros cristianos era cómo sabían quererse entre sí. Procuraban llevar a la práctica el mandato de Jesús *"amaos unos a los otros como Yo os he amado"*: ésta es la herencia que nos han dejado, y la que nosotros deberemos trasmitir a los que vengan después. El texto de la primitiva Iglesia nos ayudará a que el cuestionario que se ofrece encarne el tema en nuestra vida y en la de la comunidad cristiana.

6. *Compromiso:* No podemos quedarnos en la teoría y los análisis. Con la realización del compromiso final, iremos experimentando cómo la caridad va transformando al grupo y a cada persona.

7. *Oración final a María:* Ponemos los frutos de la reunión en las manos de María. Si alguien lo desea puede presentar (debe hacerse brevemente aquella persona, situación o problema, que quiera ofrecer especialmente al Señor por intercesión de su Madre. Rezamos un Avemaría.

Rezamos juntos

Señor Jesucristo, Amor inmenso del Padre,
que nos enviaste el Espíritu Santo para que,
amando a Dios sobre todas las cosas,
cumplamos el mandamiento nuevo del amor fraterno.

Danos un espíritu nuevo que nos ayude a cambiar
para mirar el mundo, la vida y los seres humanos,
con tu mirada y desde tu corazón.

Sana nuestras cegueras que nos impiden ver
el dolor y el sufrimiento de los que caminan a nuestro lado,
de los que viven en nuestro mundo, bajo nuestro mismo sol.
Sacude nuestro corazón para que aprendamos a mirar al otro
con los mismos ojos del señor.

Corre ya el velo de nuestros ojos para que, viendo,
podamos conmovernos por los otros,
y moviéndonos desde lo profundo del corazón,
acudamos a dar una mano, y la vida toda,
a los que están caídos y rotos en las cunetas de los caminos.

Ayúdanos Señor a ver, y a cambiar… a verte y a optar…
a utilizar esa mirada nueva que nos dejaste:
la mirada del Evangelio, para ver con tus ojos de Dios,
para sentir con tu corazón compasivo,
para actuar llevados por la fuerza de tu Espíritu,
para hacer posible, ya aquí en la tierra,
el mundo nuevo del Reino prometido.

Haz que nuestro servicio esté marcado por la caridad y la misericordia,
el trabajo por la justicia, la promoción de la dignidad de la persona
y el amparo a los pobres y excluidos de este mundo.

Que en todo sigamos tu ejemplo de servidor paciente, humilde y generoso,
de los hermanos más débiles, pobres y necesitados.
Que nos llene el Amor de Dios;
y siguiendo tus pasos, con obras y palabras,
seamos para ellos transparencia de tu amor y tu evangelio.
Te lo pedimos a ti, que con el Padre y el Espíritu
vives para siempre.

Amén

TEMA 1:

Amor a Dios y al prójimo (DCE 16-18)

A la luz de la Palabra de Dios: 1Jn 4, 7-21

Queridos hermanos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados.

Queridos hermanos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. En esto conocemos que permanecemos en Él, y Él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu. Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo para ser Salvador del mundo. Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios. Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en Él. Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él. En esto ha llegado el amor a su plenitud con nosotros: en que tengamos confianza en el día del juicio, pues como Él es, así somos nosotros en este mundo. No hay temor en el amor, sino que el amor perfecto expulsa el temor, porque el temor tiene que ver con el castigo; quien teme no ha llegado a la plenitud en el amor. Nosotros amemos a Dios, porque Él nos amó primero. Si alguno dice: "Amo a Dios", y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. Y hemos recibido de Él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano.

Deus Caritas Est 16-18

Después de haber reflexionado sobre la esencia del amor y su significado en la fe bíblica, queda aún una doble cuestión sobre cómo podemos vivirlo: ¿Es realmente posible amar a Dios aunque no se le vea? Y, por otro lado: ¿Se puede mandar el amor? En estas preguntas se manifiestan dos objeciones contra el doble mandamiento del amor. Nadie ha visto a Dios jamás, ¿cómo podremos amarlo? Y además, el amor no se puede mandar; a fin de cuentas es un sentimiento que puede tenerse o no, pero que no puede ser creado por la voluntad. La Escritura parece respaldar la primera objeción cuando afirma: *"Si alguno dice: "amo a Dios", y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve"* (1Jn 4, 20). Pero este texto en modo alguno excluye el amor a Dios, como si fuera un imposible; por el contrario, en todo el contexto de la *Primera carta de Juan* apenas citada, el amor a Dios es exigido explícitamente. Lo que se subraya es la inseparable relación entre amor a Dios y amor al prójimo. Ambos están tan estrechamente entrelazados, que la afirmación de amar a Dios es en realidad una mentira si el hombre se cierra al prójimo o incluso lo odia. El versículo de Juan se ha de interpretar más bien en el sentido de que el amor del prójimo es un camino para encontrar también a Dios, y que cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios.

En efecto, nadie ha visto a Dios tal como es en sí mismo. Y, sin embargo, Dios no es del todo invisible para nosotros, no ha quedado fuera de nuestro alcance. Dios nos ha amado primero, dice la citada *Carta de Juan* (cf. 4, 10), y este amor de Dios ha aparecido entre nosotros, se ha hecho visible, pues *"Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él"* (1Jn 4, 9). Dios se ha hecho visible: en Jesús podemos ver al Padre (cf. Jn 14, 9). De hecho, Dios es visible de muchas maneras. En la historia de amor que nos narra la Biblia, Él sale a nuestro encuentro, trata de atraernos, llegando hasta la Última Cena, hasta el Corazón traspasado en la cruz, hasta las apariciones del Resucitado y las grandes obras mediante las que Él, por la acción de los

Apóstoles, ha guiado el caminar de la Iglesia naciente. El Señor tampoco ha estado ausente en la historia sucesiva de la Iglesia: siempre viene a nuestro encuentro a través de los hombres en los que Él se refleja; mediante su Palabra, en los Sacramentos, especialmente la Eucaristía. En la liturgia de la Iglesia, en su oración, en la comunidad viva de los creyentes, experimentamos el amor de Dios, percibimos su presencia y, de este modo, aprendemos también a reconocerla en nuestra vida cotidiana. Él nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor. Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos. Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este "antes" de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta.

En el desarrollo de este encuentro se muestra también claramente que el amor no es solamente un sentimiento. Los sentimientos van y vienen. Pueden ser una maravillosa chispa inicial, pero no son la totalidad del amor. Al principio hemos hablado del proceso de purificación y maduración mediante el cual el eros llega a ser totalmente él mismo y se convierte en amor en el pleno sentido de la palabra. Es propio de la madurez del amor que abarque todas las potencialidades del hombre e incluya, por así decir, al hombre en su integridad. El encuentro con las manifestaciones visibles del amor de Dios puede suscitar en nosotros el sentimiento de alegría, que nace de la experiencia de ser amados. Pero dicho encuentro implica también nuestra voluntad y nuestro entendimiento. El reconocimiento del Dios viviente es una vía hacia el amor, y el sí de nuestra voluntad a la suya abarca entendimiento, voluntad y sentimiento en el acto único del amor. No obstante, éste es un proceso que siempre está en camino: el amor nunca se da por "concluido" y completado; se transforma en el curso de la vida, madura y, precisamente por ello, permanece fiel a sí mismo. *Idemvelle, idemnolle,* querer lo mismo y rechazar lo mismo, es lo que los antiguos han reconocido como el auténtico contenido del amor: hacerse uno semejante al otro, que lleva a un pensar y desear común. La historia de amor entre Dios

y el hombre consiste precisamente en que esta comunión de voluntad crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios coinciden cada vez más: la voluntad de Dios ya no es para mí algo extraño que los mandamientos me imponen desde fuera, sino que es mi propia voluntad, habiendo experimentado que Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío. Crece entonces el abandono en Dios y Dios es nuestra alegría (cf. Sal 73 [72], 23-28).

De este modo se ve que es posible el amor al prójimo en el sentido enunciado por la Biblia, por Jesús. Consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto solo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya solo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo. Más allá de la apariencia exterior del otro descubro su anhelo interior de un gesto de amor, de atención, que no le hago llegar solamente a través de las organizaciones encargadas de ello, y aceptándolo tal vez por exigencias políticas. Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita. En esto se manifiesta la imprescindible interacción entre amor a Dios y amor al prójimo, de la que habla con tanta insistencia la *Primera carta de Juan*. Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver siempre en el prójimo solamente al otro, sin conseguir reconocer en él la imagen divina. Por el contrario, si en mi vida omito del todo la atención al otro, queriendo ser solo "piadoso" y cumplir con mis "deberes religiosos", se marchita también la relación con Dios. Será únicamente una relación "correcta", pero sin amor. Solo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle amor, me hace sensible también ante Dios. Solo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama. Los Santos -pensemos por ejemplo en santa Teresa de Calcuta- han adquirido su capacidad de amar al prójimo de manera siempre renovada

gracias a su encuentro con el Señor eucarístico y, viceversa, este encuentro ha adquirido realismo y profundidad precisamente en su servicio a los demás. Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento. Pero ambos viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero. Así, pues, no se trata ya de un "mandamiento" externo que nos impone lo imposible, sino de una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros. El amor crece a través del amor. El amor es "divino" porque proviene de Dios y a Dios nos une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea "todo para todos" (cf. 1 Co 15, 28).

Cuestionario 1

· ¿Se puede mandar el Amor?

· ¿Qué significa que "nos ha primereado" en el Amor?

· ¿En qué consiste el amor al prójimo?

· ¿Cómo armonizar sentimiento, entendimiento y voluntad?

Compromiso

Piensa en alguna persona en que sientas necesidad de acercarte a ella, "romper el hielo" o frialdad, decirle algo… Mírala primero como si fuera la mirada de Jesús y ora por ella….

La Caridad en la Iglesia primitiva

Permaneced, pues, en estos sentimientos y seguid el ejemplo del Señor, firmes e inquebrantables en la fe **amando a los hermanos, queriéndoos unos a otros, unidos en la verdad, estando atentos unos al bien de los otros** con la dulzura del Señor, no despreciando a nadie. Cuando podáis hacer bien a alguien, no os echéis atrás, (…). Someteos unos a otros y procurad que vuestra conducta entre los gentiles sea buena así verán con sus propios ojos que os portáis honradamente; entonces os podrán alabar y el nombre del Señor no será blasfemado a causa de vosotros. (SAN POLICARPO DE ESMIRNA, Carta a los Filipenses, 9,1-11, 4)

TEMA 2:
La caridad como tarea de la iglesia (DCE 19-20. 25)

A la luz de la Palabra de Dios: Jn 13, 4-15

Jesús (….) se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro y este le dice: *"Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?"*. Jesús le replicó: *"Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde"*. Pedro le dice: *"No me lavarás los pies jamás"*. Jesús le contestó: *"Si no te lavo, no tienes parte conmigo"*. Simón Pedro le dice: *"Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza"*. Jesús le dice: *"Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos"*. Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: *"No todos estáis limpios"*.

Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: *"¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor"*, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis.

Deus Caritas Est 19-20. 25

"Ves la Trinidad si ves el amor", escribió san Agustín. En las reflexiones precedentes hemos podido fijar nuestra mirada sobre el Traspasado (cf. Jn 19, 37; Za 12, 10), reconociendo el designio del Padre que, movido por el amor (cf. Jn 3, 16), ha enviado el Hijo unigénito al mundo para redimir al hombre. Al morir en la cruz -como narra el evangelista-, Jesús "entregó el espíritu" (cf. Jn 19, 30), preludio del don del Espíritu Santo que otorgaría después de

su resurrección (cf. Jn 20, 22). Se cumpliría así la promesa de los "torrentes de agua viva" que, por la efusión del Espíritu, manarían de las entrañas de los creyentes (cf. Jn 7, 38-39). En efecto, el Espíritu es esa potencia interior que armoniza su corazón con el corazón de Cristo y los mueve a amar a los hermanos como Él los ha amado, cuando se ha puesto a lavar los pies de sus discípulos (cf. Jn 13, 1-13) y, sobre todo, cuando ha entregado su vida por todos (cf. Jn 13, 1; 15, 13).

El Espíritu es también la fuerza que transforma el corazón de la Comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer de la humanidad, en su Hijo, una sola familia. Toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano: busca su evangelización mediante la Palabra y los Sacramentos, empresa tantas veces heroica en su realización histórica; y busca su promoción en los diversos ámbitos de la actividad humana. Por tanto, el amor es el servicio que presta la Iglesia para atender constantemente los sufrimientos y las necesidades, incluso materiales, de los hombres. Es este aspecto, **este servicio de la caridad**, al que deseo referirme en esta parte de la Encíclica.

El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad. También la Iglesia en cuanto comunidad ha de poner en práctica el amor. En consecuencia, el amor necesita también una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado. La Iglesia ha sido consciente de que esta tarea ha tenido una importancia constitutiva para ella desde sus comienzos: "*Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían sus posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno*" (Hch 2, 44-45). Lucas nos relata esto relacionándolo con una especie de definición de la Iglesia, entre cuyos elementos constitutivos enumera la adhesión a la "enseñanza de los Apóstoles", a la "comunión" (koinonia), a la "fracción del pan" y a la "oración" (cf. Hch 2, 42). La "comunión" *(koinonia)*, mencionada inicialmente sin especificar, se concreta después en los versículos antes citados: consiste precisamente en que los creyentes tienen todo en común y en que, entre ellos, ya no hay diferencia entre ricos y pobres (cf. también Hch 4, 32-37). A

decir verdad, a medida que la Iglesia se extendía, resultaba imposible mantener esta forma radical de comunión material. Pero el núcleo central ha permanecido: en la comunidad de los creyentes no debe haber una forma de pobreza en la que se niegue a alguien los bienes necesarios para una vida decorosa.

Llegados a este punto, tomamos de nuestras reflexiones dos datos esenciales:

a) La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios *(kerygma-martyria)*, celebración de los Sacramentos *(leiturgia)* y servicio de la caridad *(diakonia)*. Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia.

b) La Iglesia es la familia de Dios en el mundo. En esta familia no debe haber nadie que sufra por falta de lo necesario. Pero, al mismo tiempo, la ***caritas-agapé (*)*** supera los confines de la Iglesia; la parábola del buen Samaritano sigue siendo el criterio de comportamiento y muestra la universalidad del amor que se dirige hacia el necesitado encontrado «casualmente» (cf. Lc 10, 31), quienquiera que sea. No obstante, quedando a salvo la universalidad del amor, también se da la exigencia específicamente eclesial de que, precisamente en la Iglesia misma como familia, ninguno de sus miembros sufra por encontrarse en necesidad. En este sentido, siguen teniendo valor las palabras de la Carta a los Gálatas 6, 10: *"Mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, pero especialmente a nuestros hermanos en la fe"*.

(*) **DCE 7.** Nos hemos encontrado con las dos palabras fundamentales: **eros** como término para el amor "mundano" y **agapé** como denominación del amor fundado en la fe y plasmado por ella. Con frecuencia, ambas se contraponen, una como amor "ascendente", y como amor "descendente" la otra.

Lo típicamente cristiano sería el amor descendente, oblativo, el agapé precisamente; la cultura no cristiana, por el contrario, sobre todo la griega, se caracterizaría por el amor ascendente, vehemente y posesivo, es decir, el eros. Si se llevara al extremo este antagonismo, la esencia del cristianismo quedaría desvinculada de las relaciones vitales fundamentales de la existencia humana y constituiría un mundo del todo singular, que tal

vez podría considerarse admirable, pero netamente apartado del conjunto de la vida humana. En realidad, eros y *agapé* -amor ascendente y amor descendente- nunca llegan a separarse completamente. Cuanto más encuentran ambos, aunque en diversa medida, la justa unidad en la única realidad del amor, tanto mejor se realiza la verdadera esencia del amor en general. Si bien el eros inicialmente es sobre todo vehemente, ascendente -fascinación por la gran promesa de felicidad-, al aproximarse la persona al otro se planteará cada vez menos cuestiones sobre sí misma, para buscar cada vez más la felicidad del otro, se preocupará de él, se entregará y deseará "ser para" el otro. Así, el momento del agapé se inserta en el eros inicial; de otro modo, se desvirtúa y pierde también su propia naturaleza. Por otro lado, el hombre tampoco puede vivir exclusivamente del amor oblativo, descendente. No puede dar únicamente y siempre, también debe recibir. Quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don. Es cierto -como nos dice el Señor- que el hombre puede convertirse en fuente de la que manan ríos de agua viva (cf. Jn 7, 37-38). No obstante, para llegar a ser una fuente así, él mismo ha de beber siempre de nuevo de la primera y originaria fuente que es Jesucristo, de cuyo corazón traspasado brota el amor de Dios (cf. Jn 19, 34).

DCE 10. El eros de Dios para con el hombre, como hemos dicho, es a la vez *agapé*. No sólo porque se da del todo gratuitamente, sin ningún mérito anterior, sino también porque es amor que perdona. Oseas, de modo particular, nos muestra la dimensión del agapé en el amor de Dios por el hombre, que va mucho más allá de la gratuidad. Israel ha cometido adulterio, ha roto la Alianza; Dios debería juzgarlo y repudiarlo. Pero precisamente en esto se revela que Dios es Dios y no hombre: *"¿Cómo voy a dejarte, Efraím, cómo entregarte, Israel?... Se me revuelve el corazón, se me conmueven las entrañas. No cederé al ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraím; que yo soy Dios y no hombre, santo en medio de ti"* (Os 11, 8-9). El amor apasionado de Dios por su pueblo, por el hombre, es a la vez un amor que perdona. Un amor tan grande que pone a Dios contra sí mismo, su amor contra su justicia. El cristiano ve perfilarse ya en esto, veladamente, el misterio de la Cruz: Dios ama tanto al hombre que, haciéndose hombre él mismo, lo acompaña incluso en la muerte y, de este modo, reconcilia la justicia y el amor.

DCE 13. Jesús ha perpetuado este acto de entrega mediante la institución de la Eucaristía durante la Última Cena. Ya en aquella hora, Él anticipa su muerte y resurrección, dándose a sí mismo a sus discípulos en el pan y en el vino, su cuerpo y su sangre como nuevo maná (cf. Jn 6, 31-33).

DCE 14. …. en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan: *"El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan"*, dice

san Pablo (1 Co 10, 17). La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él, y por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos. Nos hacemos "un cuerpo", aunados en una única existencia. Ahora, el amor a Dios y al prójimo están realmente unidos: el Dios encarnado nos atrae a todos hacia sí. Se entiende, pues, que el *agapé* se haya convertido también en un nombre de la Eucaristía: en ella el agapé de Dios nos llega corporalmente para seguir actuando en nosotros y por nosotros. Sólo a partir de este fundamento cristológico-sacramental se puede entender correctamente la enseñanza de Jesús sobre el amor.

Cuestionario 2

· Hay veces que parece primar el desamor (violencia, abandono, competencia, soledad, explotación…) ¿Cómo cada uno de nosotros y nuestra Iglesia podemos ser testigos creíbles del amor gratuito y misericordioso de Dios?

· Además de la "actividad asistencial a los pobres y necesitados", ¿hay otras expresiones de la caridad? ¿Cuáles? ¿Cómo se viven en nuestras comunidades?

· El nº25 señala que los Sacramentos (liturgia), el anuncio de la Palabra (evangelización) y el Servicio de la caridad (diaconía) son los tres ámbitos esenciales e inseparables de la vida de la Iglesia. ¿Cómo vivir y hacer crecer en nuestras comunidades estas tres dimensiones de forma equilibrada y armónica?

Compromiso

En Hechos 4, 32 leemos: *"El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común"*. Se nos habla de la vida de la primera comunidad cristiana: ¿es así como se presenta el amor entre las personas y comunidades con quienes compartimos? Pon un ejemplo de cómo concretarlo en tu vida y en la de tu comunidad.

La Caridad en la Iglesia primitiva

(Las famosas palabras que, al final del siglo II, Tertuliano ponía en boca de los paganos que admiraban cómo se querían los cristianos entre sí, debemos hacerlas presentes también hoy en día…)

Pero es precisamente esta eficacia del amor entre nosotros lo que nos atrae el odio de algunos, pues dicen: «**Mirad cómo se aman**», mientras ellos sólo se odian entre sí. «**Mirad cómo están dispuestos a morir el uno por el otro**», mientras que ellos están más bien dispuestos a matarse unos a otros. El hecho de que **nos llamemos hermanos** lo tienen por infamia, a mi entender, sólo porque entre ellos todo nombre de parentesco se usa sólo con falsedad afectada. Sin embargo, somos hermanos vuestros en virtud de nuestra única madre la naturaleza, aunque seáis bien poco hombres, pues sois tan malos hermanos. (TERTULIANO, Apologético, 39, 1-18)

TEMA 3:
Promover una actitud de continua renovación y conversión (ISP 33-35)

A la luz de la Palabra de Dios: Flp 2, 1-11

Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir. No obréis por rivalidad ni por ostentación, considerando por la humildad a los demás superiores a vosotros. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás.

Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús.

El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Iglesia Servidora de los pobres 33-35

Ante la ardua tarea que debemos afrontar, necesitamos levantar la mirada y acudir a Dios para que Él nos inspire. Estamos convencidos de que la apertura a la trascendencia puede formar una nueva mentalidad política y económica que ayude a superar la dicotomía absoluta entre la economía y el bien común social (cf. EG 205). En la Palabra

de Dios encontramos luz suficiente para ordenar las cuestiones sociales. El Evangelio ilumina el cambio e infunde esperanza.

Ofrecemos algunas pautas para el compromiso caritativo, social y político en el momento histórico que nos toca vivir. Deseamos que estas propuestas sirvan para avivar la esperanza en los corazones y para ayudar a construir juntos espacios de solidaridad, tanto en nuestra sociedad como, especialmente, en el interior de nuestras comunidades eclesiales, que han de ser casas de misericordia (cf. Francisco, Mensaje para la Cuaresma, 2015, nº 2).

La Iglesia ha sido desde su nacimiento una comunidad que ha vivido el amor. En ella se ha amado y servido a todos, especialmente a los más pobres a quienes ya los Santos Padres consideraban el "tesoro de la Iglesia". Los monasterios han socorrido siempre a las personas necesitadas y han transmitido gratuitamente la cultura y el cultivo de la tierra. Las primeras universidades, al igual que los primeros hospitales y centros de atención sanitaria, han nacido de la mano de la Iglesia. Las diversas congregaciones religiosas, las cofradías y, en general, todas las instituciones eclesiales tienen como fin el ejercicio de la caridad. La Iglesia es caridad. Lo ha sido, lo es y será siempre, si quiere ser la Iglesia de Cristo que dio su vida por todos. Cáritas, Manos Unidas y otras organizaciones de la Iglesia especialmente vinculadas a Institutos de Vida Consagrada, gozan de un bien ganado prestigio por su cercanía, atención y promoción de los más pobres.

La solidaridad de Jesús con los hombres y, sobre todo, con los pobres de su tiempo, le llevó a comenzar su misión invitando a la conversión: *"Se ha cumplido el tiempo y está cerca el Reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio"* (Mc 1,15). También nosotros, si queremos ser hoy buena noticia para los pobres y hacerles presente el Evangelio del amor compasivo y misericordioso de Dios, tenemos que ponernos en actitud de conversión, tal como nos lo propone el papa Francisco: *"Espero que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una pastoral de conversión y misionera que no puede dejar las cosas como están"* (EG 25). Esta llamada a cambiar nos afecta a todos, personas e instituciones, y en todos los niveles de la existencia: personales, sociales e institucionales. La conversión, si es auténtica, trae consigo una esmerada solicitud por los pobres desde el encuentro con Cristo. En la medida en que nos

adhiramos más a Cristo, en la medida en que nos conformemos más a Él, de manera que veamos con sus ojos, escuchemos con sus oídos y sintamos con su corazón, nuestra caridad será más activa y más eficaz. Cuanto más identificados estemos con los sentimientos de Cristo Jesús, más encendido será nuestro amor a los hermanos. La conversión a Cristo ha de ir de la mano de un retorno solícito a los que necesitan nuestro auxilio. Por otro lado, al contemplar las penurias y estrecheces de los desfavorecidos con los ojos de Cristo, se reaviva nuestra caridad y crece nuestra identificación con Él.

Cada cristiano y cada comunidad estamos llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad. Esto nos obliga a cambiar, a salir a las periferias para acompañar a los excluidos, y a desarrollar iniciativas innovadoras que pongan de manifiesto que es posible organizar la actividad económica de acuerdo con modelos alternativos a los egoístas e individualistas. *"Sin la opción preferencial por los más pobres, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día"* (EG 199). Si el Evangelio que anunciamos no se traduce en buena noticia para los pobres, pierde autenticidad y credibilidad. El servicio privilegiado a los pobres está en el corazón del Evangelio.

Pero, si realmente los pobres ocupan ese lugar privilegiado en la misión de la Iglesia, nuestra programación pastoral no podrá hacerse nunca al margen de ellos; han de ser, no sólo destinatarios de nuestro servicio, sino motivo de nuestro compromiso, configuradores de nuestro ser y nuestro hacer. Deseamos una sociedad que se preocupe de todas las personas, y que muestre especial interés por los más débiles. Una sociedad que se esfuerce por acabar con las pobrezas, antiguas y nuevas. *"El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura"* nos dice el papa Francisco (EG 88).

Cuestionario 3

· ¿Qué dice el texto? ¿Qué nos dice a nosotros?

·¿En qué debo cambiar para aceptar la llamada a la conversión de Jesús e identificarme con Él?

· ¿En qué debemos convertirnos como comunidad para que los pobres sean el centro de nuestra mirada y atención?

Compromiso

Concreta el compromiso a que te lleva esta conversión de cercanía a los más pobres en el contexto de tu comunidad parroquial.

La Caridad en la Iglesia primitiva

(Ya en el siglo primero, el Papa San Clemente de Roma nos anima a considerar la importancia de la caridad y a pedir a Dios que nos haga dignos de ella…)

Ya veis, queridos hermanos, **cuán grande y admirable cosa es la caridad**, y cómo no es posible describir su perfección. ¿Quién será capaz de estar en ella, sino aquellos a quienes Dios mismo hiciere dignos? Roguemos, pues, y supliquémosle que, por su misericordia, **nos permita vivir en la caridad**, sin humana parcialidad, irreprochables. (SAN CLEMENTE ROMANO, Carta a los Corintios, 50, 1)

TEMA 4:
Los rostros de los nuevos pobres y pobrezas (ISP 3-9)

A la luz de la Palabra de Dios: Mt 25, 34-36

Entonces dirá el rey a los de su derecha: "Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme.

Iglesia, servidora de los pobres 3-9

Nos encontramos ante una sociedad envejecida como consecuencia de nuestra baja tasa de natalidad y del escandaloso número de abortos. La familia, ya afectada como tantas instituciones por una crisis cultural profunda, se ve inmersa actualmente en serias dificultades económicas que se agravan por la carencia de una política de decidido apoyo a las familias. Un elevado número de ellas ha visto disminuida su capacidad adquisitiva, lo que ha generado, al carecer de la protección social que necesitan y merecen, un incremento de desigualdades y nuevas pobrezas. Situación ésta que aflige de un modo especial a los hogares que han de cuidar de alguna persona discapacitada o sufren la pérdida de empleo de alguno de sus miembros e incluso de todos.

Nos resulta especialmente dolorosa la situación de paro que afecta a los jóvenes: sin trabajo, sin posibilidad de independizarse, sin recursos para crear una familia y obligados muchos de ellos a emigrar para buscarse un futuro fuera de su tierra. Asimismo, resulta doloroso el paro que afecta a las personas mayores de 50 años, que apenas tienen esperanza de reincorporarse a la vida laboral. San Juan Pablo II enumeraba las dramáticas consecuencias de un paro prolongado: *"La falta de trabajo va contra el derecho al trabajo, entendido -en el contexto global de los demás derechos fundamentales- como una necesidad primaria, y no un privilegio,*

de satisfacer las necesidades vitales de la existencia humana a través de la actividad laboral. (…) De un paro prolongado nace la inseguridad, la falta de iniciativa, la frustración, la irresponsabilidad, la desconfianza en la sociedad y en sí mismos; se atrofian así las capacidades de desarrollo personal; se pierde el entusiasmo, el amor al bien; surgen las crisis familiares, las situaciones personales desesperadas y se cae entonces fácilmente -sobre todo los jóvenes- en la droga, el alcoholismo y la criminalidad" (San Juan Pablo II. Mensaje a los trabajadores y empresarios durante su viaje apostólico a España, Barcelona1982).

También nos duele la situación de la infancia que vive en pobreza, que sufre privaciones básicas, que carece de un ambiente familiar y social apto para crecer, educarse y desarrollarse adecuadamente. Y no podemos olvidar los niños, inocentes e indefensos, a los que se les niega el derecho mismo a nacer. Como nos recuerda el papa Francisco *"mientras se dan nuevos derechos a la persona, a veces incluso presuntos, no siempre se protege la vida como valor primario y derecho básico de todos los hombres"* (Audiencia ginecólogos católicos, 2013).

Nos preocupa la situación de los ancianos, en épocas de bienestar olvidados por sus familias, pero que ahora se han convertido en el alivio de muchas de ellas; con sus escasas pensiones, contribuyen al sustento de sus hijos y, con su esfuerzo personal, cuidan de sus nietos; pero ello les sobrecarga de trabajo y reduce su bienestar empeorando ostensiblemente sus condiciones de vida. Los abuelos, junto con los jóvenes y niños, *"son la esperanza de un pueblo. Los niños y los jóvenes porque sacarán adelante a ese pueblo; los abuelos porque tienen la sabiduría de la historia, son la memoria de un pueblo. Custodiar la vida en un tiempo donde los niños y los abuelos entran en esta cultura del descarte y se piensa en ellos como material desechable ¡No! Los niños y los abuelos son la esperanza de un pueblo"*(Papa Francisco, Discurso al Movimiento por la Vida italiano, 2014).

Asimismo nos aflige el incremento del número de mujeres afectadas por la penuria económica pues, no sin razón, se habla de feminización de la pobreza. Algunas de ellas incluso son víctimas de la trata de personas con fines de explotación sexual, particularmente las extranjeras, engañadas en su país de origen con falsas ofertas de trabajo y explotadas aquí en condiciones similares a la esclavitud. Igualmente nos duele sobremanera la violencia doméstica que tiene a las mujeres como sus principales víctimas. Resulta necesario incrementar medidas de prevención y de protección legal, pero sobre todo fomentar una mejor educación y cultura de la vida que lleve a reconocer y respetar la igual dignidad de la mujer. Las pobrezas del mundo rural y de los hombres y mujeres del mar.

Muchas veces pensamos en la pobreza en nuestras ciudades, pero atendemos menos, por no tener tanta resonancia en los medios de comunicación, a la pobreza de los hombres y mujeres del campo y del mar. La articulación actual de la economía ha desplazado a muchas personas del mundo rural, incidiendo gravemente en su despoblación y envejecimiento. Los labradores y ganaderos han visto incrementados extraordinariamente los gastos de producción, sin que hayan podido repercutirlos en el precio de sus productos. Los pueblos más pequeños son habitados mayoritariamente por ancianos y personas solas. Todo ello plantea problemas sociales de un profundo calado. La pobreza del mundo rural, a veces, puede ser alimentada también por las mismas políticas de subsidios, que llegan a convertirse en una verdadera cultura de la subvención y que priva a las personas de su dignidad. Algunos obispos ya denunciaron esta situación: *"Frente a la mentalidad tan extendida del derecho a la dádiva y de la subvención, se hace necesario promover la estima del trabajo y del sacrificio como medio justo de crecimiento personal y colectivo para el logro del bienestar"* (Obispos del Sur de España, Nota ante las elecciones autonómicas, 2012).

En la actualidad los flujos migratorios y sus efectos están reconfigurando Europa. La migración debe ser entendida como el ejercicio del derecho de todo ser humano a buscar mejores condiciones de vida en un país diferente al suyo. Hay un amplio consenso respecto al hecho de encontrarnos en un nuevo ciclo migratorio. Ahora es el momento del asentamiento, de la integración, de trabajar en el logro de la convivencia, sobre todo con las nuevas generaciones. Ha llegado la hora de reconocer la aportación que han hecho los inmigrantes a nuestra sociedad. Hemos de valorar la riqueza de los otros, cultivando la actitud de acogida y el intercambio enriquecedor, a fin de crear una convivencia más fraternal y solidaria. En un futuro próximo nuestra sociedad será, en mayor medida, multiétnica, intercultural y plurireligiosa. Los inmigrantes son los pobres entre los pobres. Los inmigrantes sufren más que nadie la crisis que ellos no han provocado. En estos últimos tiempos, debido a la preocupación del momento económico que vivimos, se han recortado sus derechos. Los más pobres entre nosotros son los extranjeros sin papeles, a los que no se les facilita servicios sociales básicos, olvidando así aquellas palabras de san Juan Pablo II: *"La pertenencia a la familia humana otorga a cada persona una especie de ciudadanía mundial, haciéndola titular de derechos y deberes, dado que los hombres están unidos por un origen y supremo destino comunes"* (Mensaje para la Jornada Mundial de la paz, 2005).

Además, son necesarios programas que vayan más allá de la protección de fronteras (cf. Francisco, Homilía en Lampedusa 2013), así como el compromiso por parte de los responsables de la Unión Europea, de cuyo territorio somos una frontera más. Exhortamos a las autoridades a ser generosas en la acogida y en la cooperación con los países de origen en orden a lograr unas sociedades más humanas y más justas.

Cuestionario 4

· ¿Compartes la realidad de las nuevas situaciones de pobreza que describe el documento?

· ¿Conoces alguna realidad cercana a ti o la parroquia?

· ¿Te sientes solidario con las personas en situación de pobreza? ¿Cómo actúas ante estas personas y su situación?

· ¿Cómo responde la Iglesia y concretamente tu comunidad parroquial?

Compromiso

Escuchando el Evangelio de Mateo, hazte presente en alguna realidad concreta de tu parroquia.

La Caridad en la Iglesia primitiva

Socorren a quienes los ofenden, haciendo que se vuelvan amigos suyos; **hacen bien a los enemigos**. No adoran dioses extranjeros; son dulces, buenos, pudorosos, sinceros y **se aman entre sí;** no desprecian a la viuda; salvan al huérfano; el que posee da, sin esperar nada a cambio, al que no posee. Cuando ven forasteros, los hacen entrar en casa y se gozan de ello, reconociendo en ellos verdaderos **hermanos**, ya que así llaman no a los que lo son según la carne, sino a los que lo son según el alma. (ARISTIDES DE ATENAS, La Apología, 15)

TEMA 5:
Nuestra pobreza moral y espiritual (ISP 10-14)

A la luz de la Palabra de Dios: Rm 8, 14-17

Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: *"¡Abba, Padre!"*. Ese mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo; de modo que, si sufrimos con él, seremos también glorificados con él.

Iglesia, servidora de los pobres 10-14

Los procesos de corrupción que se han hecho públicos, derivados de la codicia financiera y la avaricia personal, provocan alarma social y despiertan gran preocupación entre los ciudadanos. Esas prácticas alteran el normal desarrollo de la actividad económica, impidiendo la competencia leal y encareciendo los servicios. El enriquecimiento ilícito que supone constituye una seria afrenta para los que están sufriendo las estrecheces derivadas de la crisis; esos abusos quiebran gravemente la solidaridad y siembran la desconfianza social. Es una conducta éticamente reprobable, y un grave pecado.

La corrupción política, como enseña el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, *"compromete el correcto funcionamiento del Estado, influyendo negativamente en la relación entre gobernantes y gobernados; introduce una creciente desconfianza respecto a las instituciones públicas, causando un progresivo menosprecio de los ciudadanos por la política y sus representantes, con el consiguiente debilitamiento de las instituciones"* (Pontificio Consejo "JUSTITIA ET PAX", Compendio de Doctrina Social de la Iglesia, 411).

Es de justicia reconocer que la mayoría de nuestros políticos ejerce con dedicación y honradez sus funciones públicas; por eso resulta urgente tomar las medidas adecuadas para poner fin a esas prácticas lesivas de la armonía social. La falta de energía en su erradicación puede abrir las puertas a indeseadas perturbaciones políticas y sociales. Como pastores de la Iglesia que peregrina en España, consideramos esta situación como una grave deformación del sistema político. Es necesario que se produzca una verdadera regeneración moral a nivel personal y social y, como consecuencia, un mayor aprecio por el bien común, que sea verdadero soporte para la solidaridad con los más pobres y favorezca la auténtica cohesión social. Dicha regeneración nace de las virtudes morales y sociales, se fortalece con la fe en Dios y la visión trascendente de la existencia, y conduce a un irrenunciable compromiso social por amor al prójimo (cf. CEE, Nota pastoral Una llamada a la solidaridad y a la esperanza, 2014).

Por último, y determinando las pobrezas anteriores, nos referimos al empobrecimiento espiritual. Como pastores de la Iglesia pensamos que, por encima de la pobreza material, hay otra menos visible, pero más honda, que afecta a muchos en nuestro tiempo y que trae consigo serias consecuencias personales y sociales. La indiferencia religiosa, el olvido de Dios, la ligereza con que se cuestiona su existencia, la despreocupación por las cuestiones fundamentales sobre el origen y destino trascendente del ser humano no dejan de tener influencia en el talante personal y en el comportamiento moral y social del individuo. Lo afirmaba san Pablo VI citando a un importante teólogo conciliar: *"Ciertamente, el hombre puede organizar la tierra sin Dios, pero, al fin y al cabo, sin Dios no puede menos de organizarla contra el hombre"* (Carta enc. Populorum progressio, 42).

La personalidad del hombre se enriquece con el reconocimiento de Dios. La fe en Dios da claridad y firmeza a nuestras valoraciones éticas. El conocimiento del Dios amor nos mueve a amar a todo hombre; el sabernos criaturas amadas de Dios nos conduce a la caridad fraterna y, a su vez, el amor fraterno nos acerca a Dios y nos hace semejantes a Él. Es Jesucristo quien nos ha dado a conocer el rostro paternal de Dios. Ignorar a Cristo constituye una indigencia radical. Como cristianos nos duele profundamente la pobreza de no conocerle. Pero quien le conoce

de verdad, inmediatamente lo reconoce en todos los pobres, en todos los desfavorecidos, en los "pordioseros" de pan o de amor, en las periferias existenciales. Como señala el Concilio Vaticano II, *"el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado"* (GS 22).

Somos conscientes de que el empobrecimiento espiritual se da también en muchos bautizados que carecen de una suficiente formación cristiana y vivencia de la fe; esta falta de base les convierte en víctimas fáciles de ideologías alicortas, tan propagadas como inconsistentes, que les conducen a veces a una visión de las cosas y del mundo de espaldas a Dios, a un agnosticismo endeble. Nos están reclamando a gritos el beneficio de una nueva evangelización. Cuando los cristianos tienen la experiencia gozosa del encuentro con Jesucristo, alimentada por la oración, la Palabra de Dios y la participación fructuosa en los sacramentos, se acercan a la madre Iglesia deseosos de amarla más y de hacerla crecer, se empeñan en su edificación, viven una fe comprometida socialmente, y aprenden a encontrar y a servir a Cristo en los pobres.

Los pobres también están necesitados de nuestra solicitud espiritual. Comprobamos con dolor que "*la peor discriminación que sufren es la falta de atención espiritual. La inmensa mayoría de los pobres tiene una especial apertura a la fe; necesitan a Dios y no podemos dejar de ofrecerles su amistad, su bendición, su Palabra, la celebración de los Sacramentos y la propuesta de un camino de crecimiento y de maduración en la fe. La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria"*(Papa Francisco, EG 200).

Cuestionario 5

· ¿Qué detalles son indicadores del empobrecimiento espiritual y la corrupción en nuestra sociedad?

· ¿Somos conscientes de este empobrecimiento entre los mismos bautizados? Compartimos las causas y consecuencias del mismo.

· Ante esta situación, ¿dónde fundamento esta llamada a la nueva evangelización?, ¿surge desde dentro de mi la urgencia por evangelizar?

Compromiso

Citar acciones concretas para vivir **"la opción preferencial por los pobres"** personalmente y en nuestra comunidad.

La Caridad en la Iglesia primitiva

El fuerte sea protector del débil, el débil respete al fuerte; el rico de al pobre, el pobre de gracias a Dios por haberle deparado quien remedie su necesidad. **El sabio manifieste su sabiduría** no con palabras, sino **con buenas obras**; el humilde no de testimonio de si mismo, sino deje que sean los demás quienes lo hagan. El que es casto en su cuerpo no se gloríe de ello, sabiendo que es otro quien le otorga el don de la continencia. (SAN CLEMENTE ROMANO, Carta a los Corintios, 36)

TEMA6:
Cultivar una sólida espiritualidad que de consistencia y sentido a nuestro compromiso social (ISP 36-38)

A la luz de la Palabra de Dios: Gal 5, 18-25

Pero si sois conducidos por el Espíritu, no estáis bajo la ley. Las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, enemistades, discordia, envidia, cólera, ambiciones, divisiones, disensiones, rivalidades, borracheras, orgías y cosas por el estilo. Y os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen estas cosas no heredarán el reino de Dios. En cambio, el fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí. Contra estas cosas no hay ley. Y los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con las pasiones y los deseos. Si vivimos por el Espíritu, marchemos tras el Espíritu.

Iglesia, servidora de los pobres 36-38

La caridad *"es una fuerza que tiene su origen en Dios, Amor eterno y Verdad absoluta", "de la que Jesucristo se ha hecho testigo con su vida terrenal y, sobre todo, con su muerte y resurrección"* (Benedicto XVI, CV, 1). Como dice san Juan, es la experiencia de ser amados por Dios la que nos posibilita amar a los hermanos. Por eso, la caridad hunde sus raíces en la fe en Dios: *"La experiencia de un Dios uno y trino, que es unidad y comunión inseparable,*

nos permite superar el egoísmo para encontrarnos plenamente en el servicio al otro" (Aparecida. Documento conclusivo, 2007).

Nuestras instituciones de caridad y de compromiso social, como Cáritas y Manos Unidas y otras asociaciones eclesiales están llamadas a vivir una profunda espiritualidad. Por eso, en el documento *"La Iglesia y los pobres" se advirtió ya que "más de una vez, dentro de la Iglesia, hemos caído en la tentación de contraponer la vida activa y la contemplativa, el compromiso y la oración y, más concretamente, hemos considerado la lucha por la justicia social y la vida espiritual como dos realidades no sólo diferentes -que sí lo son en cuanto a su objeto inmediato-, sino independientes y hasta contrarias, cuando no lo son en modo alguno, sino más bien complementarias y vinculadas entre sí"* (IP 130). Es el Amor personificado de Dios, -el Espíritu Santo- "el que transforma y purifica los corazones de los discípulos, cambiándolos de egoístas y cobardes en generosos y valientes; de estrechos y calculadores, en abiertos y desprendidos; el que con su fuego encendió en el hogar de la Iglesia la llama del amor a los necesitados hasta darles la vida" (IP 130).

Es muy importante no disociar acción y contemplación, lucha por la justicia y vida espiritual. Estamos llamados a ser evangelizadores con Espíritu, evangelizadores que oran y trabajan. «Siempre hace falta cultivar un espacio interior que dé sentido al compromiso». En el compromiso caritativo y social hemos de estar muy atentos al Espíritu que lo anima y alienta: *"El Espíritu es también la fuerza que transforma el corazón de la Comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer de la humanidad, en su Hijo, una sola familia"* (DCE 19). Y es este mismo Espíritu, el que obró la encarnación del Verbo en las entrañas de María, el artífice de la encarnación del amor de Dios en la Iglesia. La Iglesia puede y debe hacer suya la proclamación de Jesús en la sinagoga de Nazaret, al comienzo de su vida pública. Comentando el texto de Isaías 61, 1dice: *"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor"*. Y añadió después, al comenzar su comentario: *"Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy"* (Lc 4, 18-22).

La espiritualidad que anima a los que trabajan en el campo caritativo y social no es una espiritualidad más. Posee unas características particulares que nacen del Evangelio y de la realidad en que se vive y actúa, y que hemos de cultivar: una espiritualidad trinitaria que hunde sus raíces en la entraña de nuestro Dios, una espiritualidad encarnada y de ojos y oídos abiertos a los pobres, una espiritualidad de la ternura y de la gracia, una espiritualidad transformadora, pascual y eucarística. La unión con Cristo que se realiza en el sacramento de la Eucaristía es al mismo tiempo unión con todos los hermanos. Cristo refuerza la comunión y apremia a la reconciliación y al compromiso por la justicia. La vivencia del misterio de la Eucaristía, alimento de la verdad, nos capacita e impulsa a realizar un trabajo audaz y comprometido para la trasformación de las estructuras de este mundo (cf. SC 89-91).

Cuestionario 6

EN MI VIDA

· ¿Es Dios el origen de mi compromiso y entrega? ¿Necesito purificar y profundizar en mis motivaciones?

· Acción y contemplación: ¿qué importancia tienen en mi vida?

EN MI COMUNIDAD

· Cita actitudes de ruptura entre nosotros que quiebran la comunión.

· ¿Qué signos, dones y frutos del Espíritu descubres en tu comunidad familiar, parroquial y diocesana que muestran que somos “una sola familia”?

Compromiso

¿En qué hemos de profundizar para que la caridad se manifieste en la unidad entre todos? Cita palabras, gestos y acciones concretas que, desde la caridad, generen unidad y comunión en tu familia, en tu parroquia, en la diócesis.

La Caridad en la Iglesia primitiva

Si todos poseen un mismo espíritu, que procede del mismo Dios y Padre, ¿por qué te crees diferente de ellos?, ¿por qué huyes de los que están sujetos, igual que tú, a las mismas caídas y errores, como si ellos fuesen espectadores de tus luchas, prontos sólo al aplauso, y no, en cambio, **gente muy cercana a ti**, compañeros de tus mismas fatigas? (TERTULIANO, Sobre la penitencia, 8, 4-10)

TEMA 7:
El perfil específico de la actividad caritativa de la Iglesia (DCE 31)

A la luz de la Palabra de Dios: Lc 10, 25-37

En esto se levantó un maestro de la ley y le preguntó para ponerlo a prueba: "*Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?*". Él le dijo: "*¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?*". *Él respondió: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo". Él le dijo: "Has respondido correctamente. Haz esto y tendrás la vida". Pero el maestro de la ley, queriendo justificarse, dijo a Jesús: "¿Y quién es mi prójimo?"*. Respondió Jesús diciendo: *"Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó a donde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva. ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?"*. Él dijo: "*El que practicó la misericordia con él". Jesús le dijo: "Anda y haz tú lo mismo".*

Deus Caritas Est 31

En el fondo, el aumento de organizaciones diversificadas que trabajan en favor del hombre en sus diversas necesidades, se explica por el hecho de que el imperativo del amor al prójimo ha sido grabado por el Creador en la naturaleza misma del hombre. Pero es también un efecto de la presencia del cristianismo en el mundo, que reaviva continuamente y hace eficaz este imperativo, a menudo tan empañado a lo largo de la historia. La mencionada reforma del paganismo intentada por el emperador Juliano el Apóstata, es sólo un testimonio inicial de dicha eficacia. En este sentido, la fuerza del cristianismo se extiende mucho más allá de las fronteras de la fe cristiana. Por tanto, es muy importante que la actividad caritativa de la Iglesia mantenga todo su esplendor y no se diluya en una organización asistencial genérica, convirtiéndose simplemente en una de sus variantes. Pero, ¿cuáles son los elementos que constituyen la esencia de la caridad cristiana y eclesial?

a) Según el modelo expuesto en la parábola del buen Samaritano, la caridad cristiana es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, los enfermos atendidos para que se recuperen, los prisioneros visitados, etc. Las organizaciones caritativas de la Iglesia, comenzando por *Cáritas* (diocesana, nacional, internacional), han de hacer lo posible para poner a disposición los medios necesarios y, sobre todo, los hombres y mujeres que desempeñan estos cometidos. Por lo que se refiere al servicio que se ofrece a los que sufren, es preciso que sean competentes profesionalmente: quienes prestan ayuda han de ser formados de manera que sepan hacer lo más apropiado y de la manera más adecuada, asumiendo el compromiso de que se continúe después las atenciones necesarias. Un primer requisito fundamental es la competencia profesional, pero por sí sola no basta. En efecto, se trata de seres humanos, y los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial. Cuantos trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia deben distinguirse por no limitarse a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad. Por eso, dichos agentes, además de la preparación profesional, necesitan también y sobre todo una "formación del corazón": se les ha de guiar hacia ese encuentro con Dios en Cristo, que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro, de modo

que, para ellos, el amor al prójimo ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad (cf. Ga 5, 6).

b) La actividad caritativa cristiana ha de ser independiente de partidos e ideologías. No es un medio para transformar el mundo de manera ideológica y no está al servicio de estrategias mundanas, sino que es la actualización aquí y ahora del amor que el hombre siempre necesita. Los tiempos modernos, sobre todo desde el siglo XIX, están dominados por una filosofía del progreso con diversas variantes, cuya forma más radical es el marxismo. Una parte de la estrategia marxista es la teoría del empobrecimiento: quien en una situación de poder injusto ayuda al hombre con iniciativas de caridad –afirma- se pone de hecho al servicio de ese sistema injusto, haciéndolo aparecer soportable, al menos hasta cierto punto. Se frena así el potencial revolucionario y, por tanto, se paraliza la insurrección hacia un mundo mejor. De aquí el rechazo y el ataque a la caridad como un sistema conservador del statu quo. En realidad, ésta es una filosofía inhumana. El hombre que vive en el presente es sacrificado al Moloc del futuro, un futuro cuya efectiva realización resulta por lo menos dudosa. La verdad es que no se puede promover la humanización del mundo renunciando, por el momento, a comportarse de manera humana. A un mundo mejor se contribuye solamente haciendo el bien ahora y en primera persona, con pasión y donde sea posible, independientemente de estrategias y programas de partido. El programa del cristiano -el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús- es un corazón que ve2. Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia. Obviamente, cuando la actividad caritativa es asumida por la Iglesia como iniciativa comunitaria, a la espontaneidad del individuo debe añadirse también la programación, la previsión, la colaboración con otras instituciones similares.

c) Además, la caridad no ha de ser un medio en función de lo que hoy se considera proselitismo. El amor es gratuito; no se practica para obtener otros objetivos. Pero esto no significa que la acción caritativa deba, por decirlo así, dejar de lado a Dios y a Cristo. Siempre está en juego todo el hombre. Con frecuencia, la raíz más profunda del sufrimiento es precisamente la ausencia de Dios. Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y

gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar. El cristiano sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor. Sabe que **Dios es amor** (1 Jn 4, 8) y que se hace presente justo en los momentos en que no se hace más que amar. Y, sabe -volviendo a las preguntas de antes- que el desprecio del amor es vilipendio de Dios y del hombre, es el intento de prescindir de Dios. En consecuencia, la mejor defensa de Dios y del hombre consiste precisamente en el amor. Las organizaciones caritativas de la Iglesia tienen el cometido de reforzar esta conciencia en sus propios miembros, de modo que a través de su actuación -así como por su hablar, su silencio, su ejemplo- sean testigos creíbles de Cristo.

Cuestionario 7

· La actividad caritativa de la Iglesia tiene como requisitos: la competencia profesional, la atención que sale del corazón, la independencia de partidos e ideologías, y la gratuidad. ¿Cómo llevamos a la práctica estos requisitos en nuestra comunidad?

· Desde la experiencia de nuestra comunidad, ¿de qué otras maneras podría nuestra propia diócesis profundizar esta misión de ser testigos del Amor de Dios en nuestro mundo?

· ¿Conoces los recursos, asociaciones, movimientos… que existen en la Iglesia diocesana como servicio a los más pobres?

Compromiso

¿Te sientes llamado a colaborar? ¡Atrévete!

La Caridad en la Iglesia primitiva

(San Agustín nos anima a crecer progresivamente en el amor a los demás hasta estar dispuestos a dar la vida por ellos…)

Si todavía no te sientes en disposición **de morir por tu hermano**, disponte al menos a darle algo de lo que tienes. Que la caridad comience ya a conmover tus entrañas.

(SAN AGUSTÍN, Sobre la 1ª Epístola de San Juan, 5, 12)

TEMA 8:
Una evangelización transformadora y una acción social evangelizadora (ISP 39-45)

A la luz de la Palabra de Dios: Mt 10, 7-15

Id y proclamad que ha llegado el reino de los cielos. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. Gratis habéis recibido, dad gratis. No os procuréis en la faja oro, plata ni cobre; ni tampoco alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; bien merece el obrero su sustento. Cuando entréis en una ciudad o aldea, averiguad quién hay allí de confianza y quedaos en su casa hasta que os vayáis. Al entrar en una casa, saludadla con la paz; si la casa se lo merece, vuestra paz vendrá a ella. Si no se lo merece, la paz volverá a vosotros.

Si alguno no os recibe o no escucha vuestras palabras, al salir de su casa o de la ciudad, sacudid el polvo de los pies. En verdad os digo que el día del juicio les será más llevadero a Sodoma y Gomorra, que a aquella ciudad.

Iglesia, servidora de los pobres 39-45

Los problemas sociales tienen, como ya hemos señalado, causas más profundas que las puramente materiales. Tienen su origen *"en la falta de fraternidad entre los hombres y los pueblos"* (CV 19). Derivan de la ausencia de un verdadero *"humanismo que permita al hombre hallarse a sí mismo, asumiendo los valores espirituales superiores del amor, de la amistad, de la oración y de la contemplación"* (PP 20). Por eso la proclamación del Evangelio, fermento de libertad y de fraternidad, ha ido acompañado siempre de la promoción humana y social de aquellos a los que se anuncia. El Evangelio afecta al hombre entero, lo interpela en todas sus estructuras: personales, económicas y sociales. Entre la evangelización y la promoción humana existen lazos muy fuertes. La evangelización -la proclamación de la buena noticia del Reino de Dios- tiene una clara implicación social (cf. EG 176).

El papa Benedicto XVI nos explica claramente la interrelación entre las funciones de la Iglesia: *"La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (kerygma-martyria), celebración de los Sacramentos (leiturgia) y servicio de la caridad (diakonia). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia. La Iglesia es la familia de Dios en el mundo. En esta familia no debe haber nadie que sufra por falta de lo necesario. Pero, al mismo tiempo, la caritas-agapé supera los confines de la Iglesia"* (DCE 25). El compromiso social en la Iglesia no es algo secundario u opcional sino algo que le es consustancial y pertenece a su propia naturaleza y misión. El Dios en el que creemos es el defensor de los pobres.

La Iglesia nos llama al compromiso social. Un compromiso social que sea transformador de las personas y de las causas de las pobrezas, que denuncie la injusticia, que alivie el dolor y el sufrimiento y sea capaz también de ofrecer propuestas concretas que ayuden a poner en práctica el mensaje transformador del Evangelio y asumir las implicaciones políticas de la fe y de la carida.

La Iglesia existe para evangelizar, nuestra misión es hacer presente la buena noticia del amor de Dios manifestado en Cristo; estamos llamados a ser un signo en medio del mundo de ese amor

divino. El servicio caritativo y social expresa el amor de Dios. Es evangelizador, y muestra de la fraternidad entre los hombres, base de la convivencia cívica y fuerza motriz de un verdadero desarrollo. Si Dios es amor, el lenguaje que mejor evangeliza es el del amor. Y el medio más eficaz de llevar a cabo esta tarea en el ámbito social es, en primer lugar, el testimonio de nuestra vida, sin olvidar el anuncio explícito de Jesucristo. *"Hablamos de Dios cuando nuestro compromiso hunde sus raíces en la entraña de nuestro Dios y es fuente de fraternidad; cuando nos hace fijarnos los unos en los otros y cargar los unos con los otros; cuando nos ayuda a descubrir el rostro de Dios en el rostro de todo ser humano y nos lleva a promover su desarrollo integral; cuando denuncia la injusticia y es transformador de las personas y de las estructuras; cuando en una cultura del éxito y de la rentabilidad apuesta por los débiles, los frágiles, los últimos; cuando se vive como don y ayuda a superar la lógica del mercado con la lógica del don y de la gratuidad; cuando se vive en comunión, cuando contribuye a configurar una Iglesia samaritana y servidora de los pobres y lleva a compartir los bienes y servicios; cuando se hace vida gratuitamente entregada, alimentada y celebrada en la Eucaristía; cuando nos hace testigos de una experiencia de amor de la que hemos sido hechos protagonistas, y abre caminos, con obras y palabras, a la experiencia del encuentro con Dios en Jesucristo"* (Aportación de Cáritas Internationalis al Sínodo sobre la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe, 2012).

No podemos olvidar que la Iglesia existe, como Jesús, para evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos y que, evangelizar en el campo social, es trabajar por la justicia y denunciar la injusticia. Nuestra caridad no puede ser meramente paliativa, debe de ser preventiva, curativa y propositiva. La voz del Señor nos llama a orientar toda nuestra vida y nuestra acción desde la realidad transformadora del Reino de Dios. Esto implica que el amor a quienes ven vulnerada su vida, en cualquiera de sus dimensiones, requiere que socorramos las necesidades más urgentes, al mismo tiempo que colaboramos con otros organismos e instituciones para organizar estructuras más justas.

El acompañamiento es otra forma muy válida de presentar el Evangelio. No todos tenemos posibilidad de anunciar a Jesucristo promoviendo grandes obras sociales, pero sí que podemos hacerlo en el encuentro con el hermano, acompañándolo en sus

dificultades, compartiendo con él sueños y esperanzas, haciendo juntos el camino del crecimiento humano integral y liberador; obrando así hacemos presente la buena noticia del amor del Padre.

El recto ejercicio de la función pública representa una forma exquisita de caridad. Es preciso que el impulso de la caridad se manifieste eficazmente en el modo justo de gobernar, en la promoción de políticas fiscales equitativas, en propiciar las reformas necesarias para una razonable distribución de los bienes, en la efectiva supervisión de las instituciones bancarias, en la humanización del trabajo industrial, en la regulación de los flujos migratorios, en la salvaguardia del medioambiente, en la universalización de la sanidad y la educación, protección social, pensiones y ayuda a la discapacidad. Que mueva a los depositarios del poder político a colaborar estrechamente con otros gobiernos para resolver aquellos problemas que, en una economía globalizada, superan el control de los Estados particulares. Y a cooperar en el pronto establecimiento de una autoridad política mundial, reconocida por todos y dotada de poder efectivo capaz de garantizar a cada uno la seguridad, el cumplimiento de la justicia y el respeto de los derechos y de la paz. (cf. CV 67)

Tenemos, además, el reto de ejercer una caridad más profética. No podemos callar cuando no se reconocen ni respetan los derechos de las personas, cuando se permite que los seres humanos no vivan con la dignidad que merecen. Debemos elevar el nivel de exigencia moral en nuestra sociedad y no resignarnos a considerar normal lo inmoral. Porque la actividad económica y política tienen requerimientos éticos ineludibles, los deberes no afectan sólo a la vida privada. La caridad social nos urge a buscar propuestas alternativas al actual modo de producir, de consumir y de vivir, con el fin de instaurar una economía más humana en un mundo más fraterno.

Cuestionario 8

· *"Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia"* (ISP 40). ¿Qué significa este texto para mí?

· Nuestra misión es la misión de Jesús, ¿cómo podemos evangelizar en el compromiso social y la dimensión caritativa con el estilo de Jesús?

· ¿Cómo se manifiesta en nuestro compromiso con el Evangelio, la lógica del don y la gratuidad?

Compromiso

"Dad gratis lo que gratis habéis recibido" (Mt 10, 8). Haced como grupo una colaboración con una institución caritativa de la parroquia o diócesis.

La Caridad en la Iglesia primitiva

(San Ignacio de Antioquía camino de su martirio, en el año 110, escribe a San Policarpo animándole a vivir la caridad con sus fieles de Esmirna…)

Preocúpate de que se conserve la concordia, que es lo mejor que puede existir. **Llévalos a todos sobre ti, como a ti te lleva el Señor. Sopórtalos a todos con espíritu de caridad**, como siempre lo haces. Dedícate continuamente a la oración. Pide mayor sabiduría de la que tienes. Mantén alerta tu espíritu, pues el espíritu desconoce el sueño. Háblales a todos al estilo de Dios. **Carga sobre ti, como perfecto atleta, las enfermedades de todos**. Donde mayor es el trabajo, allí hay rica ganancia. (SAN IGNACIO DE ANTIOQUIA, Carta a san Policarpo de Esmirna, 1,1-4)

Notas:

Siglas

CEE. Conferencia Episcopal Española

CV. BENEDICTO XVI, Carta enc. Caritas in Veritate

DCE. BENEDICTO XVI, Carta enc. Deus caritas est

EG. FRANCISCO, Exhort. ap. Evangeliigaudium

GS. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Gaudium et spes

IP. COMISIÓN EP. DE PASTORAL SOCIAL (CEE), La iglesia y los pobres

ISP. CEE, Instrucción pastoral Iglesia, servidora de los pobres

PP. PABLO VI, Carta enc. Populorumprogressio

SC. BENEDICTO XVI, Exht. ap. postsinodal Sacramentumcaritatis

LIBROS BÍBLICOS

Ex. Éxodo
Sal. Salmos
Is. Isaías
Mc. Evangelio de san Marcos
Lc. Evangelio de san Lucas
Jn. Evangelio de san Juan
Hch. Hechos de los apóstoles
Co. Epístola a los Corintios
Gal. Epístola a los Gálatas

Edita: *Vicaría Episcopal de Pastoral*
Impresión y maquetación: *Zona Límite Castellón S.L.*
Noviembre 2019

In servitium communionis